



HOMENAJES
*a Sor Juana,
a López Velarde,
a José Gorostiza*

Sergio Fernández

HOMENAJES

a Sor Juana,

a López Velarde

a José Gorostiza

SEPSETENTAS 36

Secretaría de Educación Pública

Secretario

Victor Bravo Ahuja

*Subsecretaría de Cultura Popular
y Educación Extraescolar*

Gonzalo Aguirre Beltrán

*Dirección General de Educación
Audiovisual y Divulgación*

Maria del Carmen Millán

Subdirección de Divulgación

Roberto Suárez Argüello

SEP

Primera edición: 1972

Secretaría de Educación Pública

SEPSETENTAS: Sur 124, núm. 3006, México 13, D. F.

Impreso y hecho en México/*Printed and made in Mexico.*

Prólogo

LA SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA, por conducto de María del Carmen Millán, me convido a reunir algunos ensayos míos para formar estos Homenajes que incluyen a Sor Juana Inés de la Cruz, a Ramón López Velarde y a José Gorostira. La selección no es en modo alguno producto sólo de la arbitrariedad. Es también de circunstancias y de azar. Reúne lo que tengo a la mano, pero, en cambio, lo doy a la publicación de nuevo porque, hecha una relectura, admito que estoy aún de acuerdo con las opiniones que di sobre los tres poetas. Antes de proseguir debo admitir, también, a modo de disculpa, que, más que de poesía, soy lector de prosa: muy especialmente de novela. Me ocurre que la poesía me alarma, me desconcierta. Y si pienso, como ya he dicho en otro lugar, que el crítico destroza la obra literaria, el fenómeno aparece aún más sobresaliente en la delicada arquitectura de un poema. Pero no es sólo eso. También se trata de gusto, de paladar literario, quizás; amén de que me cuesta un esfuerzo mayor penetrar en el mundo y la vida de los poetas quienes, a la larga y también de manera inmediata, me burlan en cuanto que, mientras más medito en ellos y los observo, más parecen insistir en su com-

plejidad. Nada hasta ahora he dicho de San Juan, de Garcilaso, de Góngora o Alarcón; de Sor Juana, de López Velarde o Gorostiza que no esté medido por un patrón de duda personal, de desconcierto. Me da la impresión de que en cualquier momento puedo arrepentirme y pensar que mi crítica, por mucho que reflexiva, no sea sino una permanente atribución que yo mismo, con el pretexto de los versos, hago a los versos. Pero justamente por eso estoy de acuerdo con estos ensayos: por lo que en ellos existe de paradójico, de ocasional, de improbable.

Circunstancias y azar, he dicho, me llevaron a enfrentarme con poetas a los que no estimaba y a los que admiré profusamente después de leídos con minuciosidad. Un seminario sobre Sor Juana en la Facultad de Filosofía y Letras me obligó a acercarme a su obra y saber que por algo los lugares comunes lo son, al asentir sobre la genialidad de la monja. Sor Juana apareció, pues, como lo que es: un ser refulgente, cuya medida histórica (comprendidos el sentido literario y el de la vida) apenas empezamos a vislumbrar en la actualidad. No es posible de otra manera porque no sólo la crítica es escasa en nuestros medios ambientales, sino que los lectores ejercitados para una comprensión de tan alta poesía no sobran en México. De este modo en Sor Juana se da un fenómeno no privativo, ciertamente, pero bastante excepcional, que consiste en que su fama va más allá de la lectura y del conocimiento que la gente tiene de su

obra. Es un mito, una especie de espejismo; de símbolo patrio, incluso, Un ser *nuestro* al que hacemos referencia sin saber qué contiene de fondo. No me refiero, claro, al lado hermético de su poesía, que, por supuesto, queda marginado y acentúa el problema, sino a la poesía "fácil" dramática y lírica que de cuando en cuando se recita en ocasiones juzgadas convenientes, o se pone en escena. Aun así (descontado el Primero sueño) Sor Juana se dice sin que de los labios pase, estrictamente, a nuestra intimidad. Y sin embargo es, y sigue siendo, el máximo exponente de cierto tipo de poesía en Hispanoamérica, a un nivel semejante (más rico, si cabe) que un Huidobro o un Gorostiza: al de ellos y de nadie más. ¿Qué les espera, en cuanto acogimiento, a los demás poetas? Acaso esperar una fecha y ponerse de moda, como ocurre actualmente con López Velarde, tanto más manejable, en todo caso, que Sor Juana.

A él me acerqué también por circunstancias. Se me pidieron opiniones y escribí, en cierto momento, un ensayo, ya publicado (que aquí incluyo), y otro más, inédito, que dicho sea y no de paso envié al concurso que se hizo, en 1971, sobre la prosa del escritor.* Como no fue premiado, su temerosísima relectura me dio la oportunidad de ver que, ameritable o no, tan directa es mi aproximación a él como lo es con Sor Juana, pero igualmente pesarosa por incierta: porque todo lo que allí digo puede despeñarse en el vacío que marca la

* XXV Juegos Florales "Ramón López Velarde".

improbabilidad. De nuevo, pues, el problema: los poetas me marean, me confunden: el laberinto de sus vidas se halla tan finamente entreverado a su producción poética (o a la de la prosa de un poeta, en este caso) que llegó a un punto en que me confunden las estructuras que, una sobre otra, ofrecen mutuas caretas de sí mismas: la literatura como disfraz de la existencia; la vida como más- cara de la poesía.

Un tercer azar, lleno, el más, de temor, me llevó a enfrentarme a Gorostiza. Durante mucho tiempo caí en la cuenta (y lo que es peor, sin remediarlo) que el estudiante universitario habla de él si acaso en el desconocimiento absoluto de lo que significa. Convidé entonces a un selecto grupo de ellos a escribir en El Día y yo mismo me impuse igual tarea, decidido a despejar la maleza onírica y penetrar en Muerte sin fin, rodeado por el sueño que irradia el gran poema. Lo escrito se publicó y es, del material reunido, lo más vulnerable y osado que he escrito hasta ahora como crítico. Pero aquí no hay, como en los otros dos, las dudas que me asaltaron en función del tema perseguido: biografía y literatura. Porque el nivel del poema es distinto y en él, como en Góngora, la vida se vela como una negativa expuesta a la luz. Considero que lo dicho sobre Muerte sin fin es simplemente un tanteo; la manera de desbrozar el camino para llegar a hacer, algún día, estudios profundos sobre el máximo poema de la literatura en México.

Ahora bien, por más que ya he explicado el porqué del congregate de estos ensayos, intentaré hacer, en seguida, una semblanza, a vuelo de pájaro, de lo que pienso que son las semejanzas y las diferencias entre ellos, amén de lo verdaderamente privativo de cada uno. Para lograrlo menos deficientemente se necesitarla, en principio, revisar la obra en su conjunto, Como estos ensayos sólo presentan momentos, en realidad lo que se revela son justamente los de la intimidad literaria y en ocasiones como digo- los de la vida. Salta a la vista que la poesía en español, y por ende la mexicana, tiene una tendencia hermética que, de tarde en tarde, surge en el tiempo, En Sor Juana proviene de Góngora, de Quevedo y Gracián. En Gorostiza de la propia Sor Juana y de la literatura dorada. Por lo que a López Velarde se refiere, observo que su muerte le impidió, acaso, inclinarse por el esoterismo poético, pero los versos de sus últimos libros, así como parte de su prosa, penetrados de alegorías de las que carecen los primeros, indican, justamente, ese tipo de camino. El denominador común es cierto carácter especial, local (no sé si llamarlo americano) que en Sor Juana se inicia brillantemente. Es ella el primer poeta que maneja una intimidad no europea, sino criolla. No me refiero a un folklorismo que por fortuna López Velarde sublimó; más bien a un idioma moral que sería imposible de darse entre los españoles, ya antiguos o contemporáneos. En medio de lo universal de la obra de los tres, existe lo

privativo, lo francamente propio. Consiste en varios puntos comunes a la poesía que en ellos toma un carácter personal: me refiero a la forma de encarar el mundo, sobre todo el religioso y el afectivo, pero siempre en forma tangencial: con más- cara. El decoro sentimental de Sor Juana se hereda y en López Velarde, tamizado, cobijado de provincialismo es, francamente, un caparazón no para evitar que se vea desde fuera lo que por dentro existe, sino como protección del sentimiento en sí. Esto no excluye la sexualidad, manifiesta detrás de la metáfora, pues fue un obsesionado de la mujer y de todo lo relacionado con las formas físicas del amor, aun aquel que se le tiene al cuerpo después de la muerte. Sus ligas con ésta son por conducto del erotismo, no por el lado de la desolación ni de la amargura, tónicas que vendrán, pero más tarde, cuando por dentro se tenga a sí mismo por un desahuciado. No hay esa tan decantada "penumbra moral" mexicana, sino el disfraz de la pasión, rabiosamente experimentada, que en Sor Juana presenta características aún más laberínticas. El tema de la sinceridad humana, trabajada en estos ensayos es, sin embargo, distinto en ambos: en López Velarde está siempre presente. En Sor Juana existe a contraluz, pudiera decirse; aun a pesar de sí misma, pero sin que tampoco aclare nada. Como resultado de este juego existe un dolor de ser que denota sensibilidades al hueso, heridas más y más en el trayecto de la vida. Suicida, se llama López Velarde a sí mismo, en tanto que la

monja lo es a su manera también. El sufrimiento de Gorostiza es, en cambio, de orden distinto. Ligado al Primero sueño, donde el tema poético consiste en el azoro que al hombre le causa el uni- verso, aquí hay la desazón de saber la ignorancia que cargamos a cuestas, y sólo eso. Que la red del sueño envuelva nuestra torpeza, nuestra falta de clarividencia, no es sino parte del laberinto del que no podemos evadimos. En este sentido -porque los une una inquisición medular, en la cual ellos mismos se ponen en el banquillo de los acusados los tres son poetas metafísicos. Sus ideas del mundo coinciden en que nada saben, excepto su propia ceguera, paradójicamente reveladora. Sor Juana y López Velarde, católicos de raíz, "utilizan" los utensilios religiosos para ver. Pero en ningún caso este material es más allá del primer escalón, desde el cual se observa el infinito. En Gorostiza, Dios, siempre activo y presente a través de la luz, es parte de la propia persona del hombre, o sea que, arma de dos filos, permite el conocimiento relativo de sí: de Él sabemos lo que no es dable entender, a la humana, que si fuera a la divina no pensaríamos las divagaciones que tenemos in mente (Muerte sin fin y Primero sueño) sino otras, acaso no expresables ni con la palabra ni con el silencio, como pretende López Velarde, sino con materiales ultramundanos. Y a este respecto puede decirse que la palabra es en los tres enemiga de la intimidad, surgida por su medio sin opción, como asidos a un clavo ardiente. Muer-

te sin fin niega la nada en cuanto contraria al vacío, aun cuando lo único revelado sea el desorbitado sueño del existir. En López Velarde la palabra, a su pesar pronunciada, conduce sólo a la comunicación mediocre, pues el verdadero meollo del ser es el silencio. Sor Juana, cuyo amor por el verbo es tan evidente, tan lujurioso, se revuelca en él en un angustioso quiero y no deseo; en un grito cuya fineza lo hace murmullo opaco, no menos atroz. Amor y religión, implicados en la palabra, son mundos limitados, que sólo sirven para expresarnos en ciertos niveles, tan relativos, tan superficiales que, paradójica, tristemente, recurren al verbo para ser menos inoperantes. Así y todo, la vida es formidable, si bien misteriosa. El lector lo observa en cada décima, en cada redondilla, en cada admiración, en una a una de las interrogantes. En cierto modo podría decirse que existe una mística en ellos, sólo que se liga directamente a la expresión de la palabra dejando de lado el supuesto centro de Dios y la religión, del amor y de todas las formas de la pasión.

Sor Juana es la más intrincada como persona humana, la más veleidosa en cuanto a su entrega con el lector, por más que esté iniciado. Esta ratificación de su ser, más acusada quizás en su época, donde seguramente resultó un ser monstruoso, no dejamos de percibirla hoy en día, por más que intentemos para esclarecerla bajarla a nuestro propio y raso nivel. ¿A quién amó? ¿Por qué o por quién padeció? Obviamente su vocación de religiosa

no existe sino como burladero, como huida. Dentro del convento Sor Juana debe haber padecido los silencios de una falta de comunicación erótica, transmutada por ello en claustro y libros, ya escritos por sí misma, ya leídos. Pero, más hábil que una Mariana Alcoforado (más inteligente también, y mujer de genio, al fin) no entregó nada que logre comprobar un alguien, de modo que la pasión, abstracta pero dolorosa, es el legado que hemos recibido. El suyo acaso sea un amor sin la experiencia, triste en una mujer tan bella, tan llena de savia carnal, además. No cabe duda que su talento creador es hasta hoy incomparable. La literatura en México sólo ha dado *Muerte sin fin* aún más alto, pero en cuanto personalidad y heterogeneidad creadora, la monja está a un nivel siempre y acusadamente superior. Entre otras cosas, lo que desconcierta a la posteridad, como a su época, es que haya sido mujer. Pero si uno fuera capaz de escindir de tales patrones y la cultura se viera como lo que es (algo en realidad no sexuado), el caso sería igualmente desconcertante porque la suya es de las vidas que sólo se explican por medio de la fantasía: lo que hizo, lo que sintió, lo que propuso, lo que dejó de hacer: todo parece inventado o recreado de tal suerte que Sor Juana es más un personaje de novela que una monja encerrada en un convento del siglo XVII. Su medio social queda absolutamente arrasado por un código pasional que en su literatura se halla expreso y que nos obliga a pensar en la sonrisa

de desdén con la cual midió a sus contemporáneos, Un sentido común a rajatabla, aunado a un disparate sentimental profundo y profuso, es la cuerda doble en la que transita la monja, si a ello se le agrega el doble filón, filosófico y metafísico, que la vuelve, más que compleja, indubitable para quien la analiza. Ni siquiera en Europa habría podido pasar inadvertida no ya como poeta, sino como persona. Pensemos entonces en el fenómeno que es en medio de un puñado de gente alfabetizada, pues el de Nueva España fue un atónito mundo ante la propia paternidad para con un ser así de extravagante. Es ella la precursora de la gran poesía en México que incluye la cauda que nos enriquece actualmente. Que su estela pueda o no seguirse con facilidad, es cosa que no la toca, pero que desde luego nos pone en contacto con la huella impresa por su talento.

Si no tan complejo, sí igualmente desgarrado es López Velarde, cuya máscara se liga al rostro humano en forma permanente. Vive su vocación poética a pesar de sí, como si le pesara, No en balde dice que la palabra está divorciada del espíritu. Él ha nacido para el amor y lo intenta frenéticamente, "descalzo", apoyado, como Romeo, en cardos que al caminar ensangrientan su piel. Si escribe es por una demasía; porque no le queda más remedio, un poco a contrapelo de su vocación, que es la de amar. Cuando lo hace, su sinceridad lo obliga a hablar de su dolor: más tarde habrá de envolverlo con metáforas no fácilmente asimila-

bles, como si se arrepintiera de las comunicaciones abiertas. Inhibido, confuso, se abrió paso de manera agresiva para dar cabida al verdadero poeta interior, despertado, para fortuna nuestra, pocos años antes de morir. Pero su amargura, como la de Sor Juana, fue la de la no reciprocidad amorosa. También él se sirve de la religión para saciar el alma, pero, si hemos de creer en sus versos, poco le dio de beneficio como para alcanzar una tranquilidad moral. Sus temas, cortos y profundos, giran alrededor una mujer ideal -despedazada en muchas reales o en cuerpos de lujuria-; es ella pretexto, a su vez, de cavilaciones más profundas, de una metafísica de la duda, que pone en tela de juicio la verdad revelada.

De Gorostiza diré pocas palabras, para finalizar. No he estudiado a fondo toda su obra para opinar sobre el hombre que queda, como los galanes de las Majas asomadas al balcón de Goya, en la oscuridad, arrebozado siempre. Su falta de exhibicionismo, este dejar que pasen los años sin atezar con la voluntad el ritmo de la fama, lo hacen un ser aparte, por decirlo así, de su poesía. Gran ventaja, delicioso acontecer en un mundo que, como el nuestro, pelea para obtener un galardón. Muerte sin fin es uno de los poemas de todos los tiempos, a la altura de un Rilke, de un Góngora, de un Venus y Adonis. Nada puede compararse, dentro de la poesía mexicana, a su perfección, paradójicamente abierta por lo que en el poema hay de inaprehensible, de inefable: somos

